

Un hombre en la calle

Desde aquello, que he tratado de olvidar con resultado dispar, comencé a recorrer cada una de las calles de esta Buenos Aires donde nací. La guía “Filcar” fue una de las pocas cosas que puse en la mochila, cuadernito ajado que otrora lo había reemplazado por la tecnología y que impensadamente me hubo sido tan útil.

Por tramos, a medida que avanzaba en mi caminar, fui tachando los cuadraditos que indicaban cada manzana, para lo cual fui dando la vuelta completa a cada una de ellas, haciendo distintos recorridos en las interminables noches.

Como si la “Filcar” fuera un álbum, la fui completando tranquila y silenciosamente, lo tomé como objetivo, mi único objetivo. Empecé por la zona sur, Lugano, Soldati, Pompeya, Barracas; del sur fui avanzando hacia el norte, cerca del final ya recorrí más de doce mil cuadras.

Muchas veces al llegar a alguna plaza, me siento en un banco, sin dormirme, ya que duermo durante el día, espero el amanecer, siempre espero el amanecer, voy mirando como lentamente el paisaje se tiñe de colores y el silencio va dejando paso al cantar de los pájaros primero y luego al ruido de los autos y a las voces de los transeúntes.

Vivo de madrugada, en medio de la soledad cuando mi cabeza puede pensar mejor y la oscuridad se transforma en la compañera de mi angustia, mi desesperada an-

gustia, que recrudece cuanto más cerca estoy de completar el álbum, cuanto más cerca estoy de cumplir ese caprichoso objetivo.

Había caminado toda la noche, como siempre desde hace casi más de tres años. Llevaba en el bolsillo un par de facturas y un pancito negro que me había dado Braian -en realidad le dicen “el Braian”- según él mismo me comentó, ese muchacho amanerado, con las uñas pintadas de verde, que trabaja en una panadería -ya ni recuerdo dónde está- que por orden del dueño del negocio, debía tirar todo el sobrante al final del día. Dada su gentileza y el hecho de no haberse amedrentado con mi presencia, le pregunté el nombre, nombre que recuerdo porque no me pareció común “Braian” para quien trabaja en una panadería, aunque, pensándolo bien, no sé cuál sería un nombre común para un despachante de pan y facturas, pero bueno, no me he olvidado de su nombre ni de sus inusuales uñas pintadas de verde.

Los tanteé en el bolsillo, los saqué y empecé a comerlos, comencé con el pancito que era algo dulce, como muchos de los panes negros y vaya a saber por qué, seguí después con las dos medialunas de grasa y, al llegar a la plaza de Villa Urquiza comencé a buscar un bebedero, tenía mucha más sed que hambre, sabía que el agua me iba a aplacar ambas necesidades.

Di toda la vuelta sin encontrar un bebedero, cuando al levantar la vista, divisé uno por el medio, cerca de la estatua, que por el nombre de la plaza, supuse que debía ser de Echeverría, pero cuando me acerqué, vi que era del Gral. Urquiza, aquel vencedor de Caseros y luego presidente.

El bebedero tenía dos botones, primero apreté el incorrecto para mi posición, dándome un chorro en plena cara, me sacudí para sacarme el agua, entonces apreté el otro y, por fin, pude beber copiosamente a la par que maldecía el haber pateado durante una cuadra, aquella botellita de plástico que se me cruzó en el trayecto cuando estaba caminando por la avenida Congreso, pucha, pensé, la hubiera levantado, ahora podría haberla llenado y así tener agua para más adelante, sin necesidad de buscarla cuando la sed y, un poco de hambre, me arrecien.

Hice una vuelta a la larga manzana circunscripta por las calles Roosevelt, Bucarelli, Monroe y Triunvirato, ya estaba clareando cuando me acerqué a la estación terminal del subte B, vi que estaba abierta, a esa hora casi nadie la estaba abordando, bajé entonces por la primera escalera, llegué donde están, al fondo, las boleterías, me acerqué al molinete, miré en derredor para divisar si alguien me observaba, aún me quedaba algo de pudor, mientras tiraba la palanca hacia mí, me puse de costado y pasé sin problema volviendo a ponerla en su posición original, bajé por la segunda escalera, comencé a mirar los vagones del subte que, según el cartel, partiría en unos cinco minutos, vi uno que estaba sin ningún pasajero, entré, me quité las zapatillas para darle descanso a mis pies, las olí, noté que no tenían un olor tan pestilente, tampoco sabía si yo tenía un olor muy pestilente, ya acostumbrado a no darme un baño.

Me acosté a lo largo del asiento, me quité la vieja campera compañera de todo mi periplo, la puse sobre mi cara -para que no me afectara la luz de las lámparas del techo- empecé a dormir seguro de que nadie se iba a atrever a despertarme para que me pusiera en posición normal y así poder sentarse, ninguno excepto el Braian,

claro, que pese a su apariencia, no se había asustado con mi presencia, pero el Braian seguramente ya estaría en la panadería trabajando.

Apenas comenzó el traqueteo del vagón, cerré los ojos, me invadió una sensación de bienestar, con ella me quedé dormido como si estuviera alejado de todo el mundo.

De repente, tal vez en lo más profundo de mi dormir, comencé a soñar, ahora no sé si fue realmente un sueño o un recuerdo que vino a mi mente, en ese estado de somnolencia en el que estaba.

- ¡Vamos levántate dormilón que hoy es día hábil y tenés que ir a clase!- me decía mi madre como todas las mañanas durante los siete años que duró la escuela primaria.

Yo, a propósito, me aferraba de las sábanas, mi mamá empezaba a hacerme cosquillas hasta que desternillándome de risa, me levantaba.

Luego me ponía una toalla alrededor del cuello, me lavaba la cara, me refregaba las orejas, me mojaba el pelo, me peinaba luchando con el remolino que tenía sobre el lado izquierdo de mi cabeza, luego me vestía, me daba el café con leche -desayuno que detestaba pero que lo recordaba con nostalgia- tal vez moví mecánicamente la lengua y, lo saboreé como si nuevamente los estuviera tomando.

En eso mi madre me decía que algún día sería grande y con el estudio iba a ser un hombre importante -lo que hacía que me hinchara de orgullo- súbitamente miraba

esos zapatos “gomicuer” lustrosos de mi infancia, enseguida las actuales zapatillas gastadas y se me humedecían los ojos.

Entraba a la escuela, en el patio al ver a mis compañeros, los iba a abrazar y comenzábamos con algún juego, repetido o diferente, hasta que el timbre llamaba a clase.

Podía divisar al Guigui, al Tucho, a Carlitos, al cabezón Ortega y a muchos más, cuyos nombres no podía recordar; volvía a la actualidad, me preguntaba qué sería de ellos y si ellos pensarían lo mismo de mí, meneaba la cabeza, trataba de esconderme, instintivamente tocaba el cuello de la campera, verificaba que estaba tapándome la cara para estar tranquilo de que no me reconocerían.

Otra vez miraba hacia abajo, veía mis rotas zapatillas y se me volvían a humedecer los ojos.

Imprevistamente siento una mano que me agarra del brazo, me zamarrea, me despierto, me incorporo, la luz del vagón me molesta, pestañeo y por fin distingo a un hombre, personal del subte, de unos sesenta años, con el pelo entrecano prolijamente cortado, con la piel de la cara de color cetrino, tal vez por trabajar entre las sombras a varios metros de profundidad que me dice, con cierta amabilidad, que es la terminal de Alem y me debo bajar porque comienza la hora pico, el subte se llenará y debo dejar el lugar a los demás pasajeros. Le pregunto la hora, me contesta que son las seis de la tarde y agrega que hice varios viajes mientras dormía, le agradezco, me pongo las zapatillas y la campera, me desperezo y salgo al andén, me siento en

uno de los bancos y voy viendo como la estación, al igual que un nido de hormigas después que éstas han realizado la tarea, se va llenando.

Nadie se sienta al lado mío, muchos me miran y hacen que no me miran, noto que sienten repulsión al ver mi estado, decido entonces vengarme y, de paso, divertirme un poco.

Empiezo a rascarme las piernas, al principio de a poco, como si afilara mis uñas, luego comienzo a hacerlo más rápido, abro la campera y me rasco las axilas que si bien no me picaban, comienzan a hacerlo al sentir las uñas, finalmente ataco la cabeza, mis dedos se entremezclan con el pelo grasoso, cierta costra sale del cuero cabelludo y me penetra debajo de las uñas tiñendo los bordes de negro, aquellos más valientes, que se habían quedado más cerca, comienzan disimuladamente a alejarse, un nene de alrededor de seis años me mira fijamente, es el único que me mira fijamente hasta que la madre, al darse cuenta de la situación, le da un tirón del brazo, se alejan hasta donde yo ya no puedo verlo, ni el nene verme a mí.

Llega el convoy, bajan unos pocos y suben todos, se cierran las puertas de los vagones, dejo de rascarme, me levanto despaciosamente, voy saliendo otra vez a la superficie en Corrientes y Alem.

Camino por Corrientes hacia Bouchard unos metros, bajo a la calle para ver bien el Luna Park, para recordar a mi padre, cuando me llevaba, yo adolescente, a ver una que otra pelea los sábados a la noche.

A mí no me gustaba mucho el boxeo, pero era la excusa de salir solo con él, hablar esas cosas triviales de hombres y, al salir del Luna, llegar a “Las Cuartetas”, comer de “dorapa” como le gustaba decir a mi viejo, una de “muzza” con fainá, él acompañando ese exiguo pero delicioso menú con un vaso de moscato y yo con una bebida cola, llegar a casa pasada la medianoche, contento como si hubiera estado de farra con amigos, como si fuera uno más de esos muchachos grandes del barrio.

Siento un nudo en la garganta que no deja que lagrimee, junto saliva, no tengo mucha, largo una escupida y por Alem me dirijo hacia Retiro.

Me doy cuenta que desde la madrugada no tomo agua, a poco de comenzar la búsqueda de un bebedero veo junto al cordón una botella de agua llena hasta la mitad, la agarro, le saco la tapa, huelo para verificar que realmente es agua y la bebo de una, la vuelvo a tapar, la guardo vacía en el bolsillo del pantalón, meto la mano en la mochila hasta alcanzar la “Filcar”, ya ha anochecido, comienzo la búsqueda de una buena luz que me permita ver lo que aún me falta por recorrer, distingo un farol bastante potente, me apoyo en él y comienzo ansiosamente la lectura, con el dedo voy dando vuelta cada una de las hojas, una gran desazón me invade al comprobar que todas las cuadras están tildadas, que la larga manzana de esta mañana había sido la última que me faltaba por caminar, que ése, mi objetivo dilatorio, se ha cumplido, que ya no tengo ninguna excusa.

Comienzo a estrujar la guía con ambas manos, con bronca la voy rompiendo, busco un cesto, la tiro con fuerza, me quedo pensando, meto la mano en el bolsillo, agarro la botella y también la arrojo al cesto.

Cuando había salido del subte además de sed tenía hambre, hubiera dado cualquier cosa para encontrar “al Braian” y pedirle una sobra, pero ya se me fue el apetito, imprevistamente, alguien, alguien como yo, que está sentado en unas de las veredas comiendo excedentes me dice:

- ¡Eh amigo, tomá!— y me da un pedazo de pata y muslo, más pata que muslo porque este último ya estaba casi todo comido, lo huelo, no tiene olor a pollo, sí a arroz condimentado, le agradezco, le doy un mordisco y sigo caminando hasta encontrar otro cesto donde también lo arrojo.

Noto que Alem se ha transformado en la avenida Libertador y luego ésta en la Figueroa Alcorta, sigo caminando hasta la intersección con La Pampa, aprovecho una de las dos fuentes que hay en la esquina con forma de dos platos superpuestos para introducir mi cabeza en el agua hasta el cuello, así me quedo un rato, abro los ojos, trato de ver el fondo pero la oscuridad me lo impide, quisiera estar mucho más tiempo porque noto que el agua fría me da una sensación de alivio, alivio que me ha serenado impensadamente, se me va acabando el aire, saco por fin la cabeza, con las manos acomodo la cabellera hacia atrás y cruzo la Figueroa Alcorta rumbo a la Costanera sin mirar si vienen autos, mientras escucho bocinas, algún que otro frenazo, algún que otro insulto.

Ansío llegar cuanto antes pero mis pies no responden, como si se negaran a seguir, como si una controversia se apoderara de mí, pero sigo. Cruzo por fin la Rafael Obligado, me apoyo en la empalizada que da al río, al Río de la Plata, la noche está nublada, no alcanzo a divisar ni a la luna ni a ninguna estrella.

Miro en derredor, raramente no hay ningún pescador, de esos que se pasan la noche ilusionados detrás de un quimera, estoy solo, solo en la inmensidad, me quedo escuchando el rumor de las olas mientras pienso en la rara atracción que tiene este río sobre mi persona, no obstante su fealdad y su vanidad de creerse mar porque aquel Solís lo bautizó Mar Dulce, sin darse cuenta que sus olas no producen espumas y no cambian de color según la luz del sol, que nunca van a llegar a ser azules, verdes o grises, que siempre van a ser amarronadas, aunque el poeta haya dicho que tienen el color de un león.

Se dibuja una leve mueca en mi boca, meneo la cabeza, mientras sigo escuchando ese monótono ruido del ir y venir del agua, me subo a la empalizada con cierto nerviosismo, un fuerte viento del este me empuja hacia atrás, resisto el embate.

Después de mucho tiempo me siento fuerte, poderoso, levanto la cara, miro con audacia el horizonte, me sonrío porque ahora sé, con seguridad, que después de mucho tiempo, esta vez, no voy a esperar el amanecer.